

TAUZERO



La idea de realizar un especial fanficcioneo de *Star Wars* surgió hace más de un año, tras el estreno de *La Venganza del Sith*. En su momento hicimos la convocatoria correspondiente y en un par de semanas recibimos tres cuentos de A. César Osses Cobián, Jorge Baradit y Daniel Guajardo (mencionados en orden de llegada). Por una razón u otra el especial se fue retrasando y retrasando y fue así como finalmente decidimos publicarlo sin el cuento donde Luis Saavedra prometía contarnos el verdadero origen del Halcón Milenario (la primera nave intergaláctica de origen terrestre) y sin aquel magnífico fanfic que podría habernos regalado Pablo Castro desde la perspectiva de un oficial del Imperio o incluso un simple Stormtrooper.

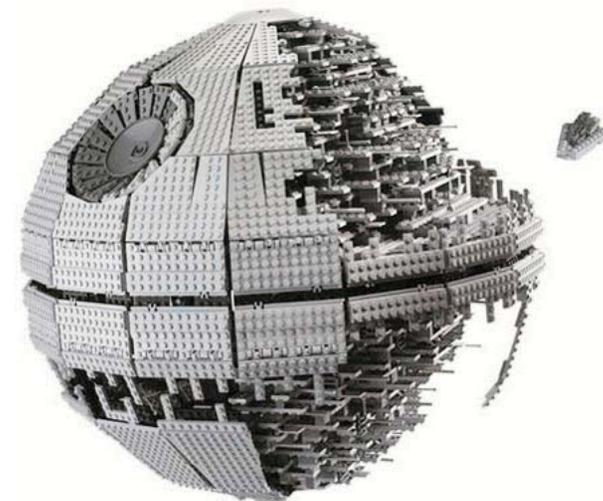
Mi postulado inicial fue el de focalizarnos en un personaje poco conocido, un secundón derechamente. Contar la historia de Nieb Nubb, por ejemplo, o de alguno de esos bicharracos de la cantina en Mos Esley. Lo que obtuve fue mucho mejor.

Creo que hay dos formas de aproximarse al fanfiction, sobretodo de *Star Wars*. Una es de manera hilarante y paródica como lo hace Kevin Rubio en su excelente corto *Troops* o en los cómics *Tag & Bink are Dead*. La otra es tomársela en serio, y si bien yo nunca especificué ni lo uno, ni lo otro, los fanfics que me llegaron son todos

“serios”. Nada de reírse de las implicancias fálicas de los sables láser o de la ausencia de aparato reproductor en Jabba. César, Jorge y Daniel (sobretudo Daniel), se la jugaron por lo más difícil, contar historias originales inventando sus propios personajes. La parodia puede ser un ejercicio estéril y aburrido si no lo hace alguien con talento. Cualquiera de ellos podría haber hecho una parodia, pero no son gente que les agrade el facilismo, incluso cuando se trata de algo supuestamente de “escaso valor literario” como el fanfic.

Con respeto a las historias. *La venganza del Sith, obra de teatro en dos actos*, es el intento de Jorge por aclarar un tema que considera demasiado disperso. Como bien dice él mismo: “...los cuentos no tienen que ser reales y las casualidades son parte imprescindible. El ideal en un cuento es solucionar la trama con la menor cantidad de personajes y situaciones (en general). En *Star Wars* la casualidad reúne a cinco personajes y resulta que uno es el hermano de la otra y el tercero era el maestro del cuarto que resulta ser el padre de los dos primeros. Todo en familia.”

Jorge cuenta la historia cómo piensa que debería ser en aras de la coherencia interna y la simpleza, y vaya si que lo consigue sirviéndose como es ya su sello,



TauZero especial #9 **Noviembre 2006**

Director

Rodrigo Mundaca Contreras

Editor

Sergio Alejandro Amira

Portada

Kellie Strom, www.balsko.com
Copyright © Lucas Film Ltd. / Dark Horse
Comics Inc.

Colaboradores

Alseides
Jorge Baradit
A. César Osses Cobián
Daniel Guajardo

de un fuerte personaje femenino. Si se preguntan quienes son los seis Jedis que luchan contra Anakin y Palpatine en la versión de Jorge para *La venganza del Sith*, estos son: Aayla Secura, Foul Moudama, Luminara Unduli, Ronon Corvo y Shaak Ti (es rol del editor saber este tipo de cosas, no?).

Sobre *Elia, la reina Sith* de Guajardo, debo decir sin pudor alguno que es uno de mis cuentos favoritos de todos los tiempos (en esta y cualquier otra continuidad espacio-temporal) y lo disfruté y me emocionó tanto como ese otro espléndido fanfic que es *Exilio en el pasado distante* de Pablo Castro, en el especial Transformers #2 del *Calabozo del Androide* (*). En ambos fanfics los autores se preocuparon de caracterizar honesta y creíblemente a sus protagonistas que podrían ser percibidos como villanos de cartón de no mediar el talento y el cariño con que fueron descritos. Le aseguro que usted nunca ha visto a una ewok como la de Daniel, ni a un Megatron como el de Pablo Castro.

Sobre el cuento de César, puedo decir que es muy propio de él y poco más. A diferencia de los otros es un fanfic cerebral donde priman otros factores fuera de lo emotivo.

Y sobre mi aporte. Es una vieja idea que tenía, en parte heredera de mi

propuesta original, y en parte infectada por el revisionismo de Jorge. Elijo a un personaje casi prescindible pero con mucho potencial para contar una historia de amor. ¡Sí!, una historia romántica. El protagonista está inspirado y es un homenaje a Luis Saavedra (articulador silencioso del fandom cómo le llamara Marcelo Novoa). Claro que por cuestiones de tiempo no pude escribir la segunda parte, que era realmente lo que quería escribir, pero espero hacerlo para un segundo en el segundo especial fanfics de *Star Wars*... **cualquier aficionado a SW que lea estas líneas y desee enviarnos fanfics, hágalo a ezine@tauzero.org**

Terriblemente cliché pero inevitable no despedirme con un: y que la Fuerza los acompañe.

Sergio Alejandro Amira
Viña del Mar, 21 de noviembre
de 2006

(*) <http://www.calabozodelandroide.cl>

CONTENIDOS

EDITORIAL

por Sergio Alejandro Amira.

FICCIÓN

Elia, la reina Sith

por Daniel Guajardo.

Nacimiento

por A. César Osses Cobián.

La venganza del Sith (obra de teatro en dos actos)

por Jorge Baradit.

La decisión de Lobot (parte 1)

por Sergio Alejandro Amira.

ezine@tauzero.org

En la choza el humo hacía llorar los ojos. El hechicero saltaba y las pequeñas calaveras rellenas con semillas hacían un llamado al sueño de muerte. “Deja el miedo en la lluvia” cantaba arrastrando las guturales. “Olvida, déjalo ir. Recuerda la cosecha, recuerda el olor de la carne al fuego, recuerda a tu pueblo danzando la primera noche del largo día sin sol. Tu lugar está aquí con tus hermanos y hermanas. Deja el miedo en la lluvia”... y así seguía una y otra vez.

Todos en el clan estaban consternados. Era la tercera vez que se practicaba la ceremonia y Elia seguía tendida en la jaula, con los ojos abiertos, inexistente.

Su danza de muerte comenzó cuando era apenas una mota de pelos que clamaba por leche. Las hermanas de su madre muerta cumplían bien la labor de substitutas, su leche no era distinta, eran la misma sangre, el mismo clan. Una sola familia. Pero Elia las rechazaba siempre, hasta que el hambre la vencía.

Mala señal. El hechicero lo sabía. Una cachorra no debería rechazar el pezón que le trae comida. Sólo cuando estaba en brazos de su hermano parecía tranquila.

Mala señal. Una cachorra no debería criarse en los brazos de un macho. Elia era la única sobreviviente del parto.

La madre, Marci, había logrado sólo un cachorro vivo en cada camada. Sagú era el mayor, luego le seguían Parso y Devi. Los tres habían sufrido terribles heridas en sus búsquedas de aventuras en el suelo del bosque.

Mala señal. Un macho responsable sólo piensa en el bienestar de su clan y su familia. Un macho responsable aprende de los errores de los demás. De ellos sólo Sagú sobrevivió para convertirse en adulto y tras la muerte de Marci tomó la decisión más estúpida, hacerse cargo de la cría.

Había algo malo en sus espíritus. Seguían las reglas del clan, pero en sus ojos podía verse el descontento, una mirada que pretende ver más allá de las copas de los árboles. El hechicero lo sabía, la respuesta rugía en sus entrañas: estaban malditos.

El clan no los rechazaba. Había una enseñanza ahí. Eran el error que nadie debía cometer. El hechicero tenía razón, se debía hacer todo lo posible por ayudar a Elia. Su espíritu se lo exigía. Era el resultado de su propia semilla



y Marci había sido una buena compañera, como muchas otras.

Elia creció a la sombra de Sagú. No era una hembra como las demás y las hermanas de su madre le negaban el consejo. Los cachorros la buscaban para jugar en la choza más alta, soñaban más de la cuenta al oír sus historias de lugares imposibles y criaturas que ningún ojo ha visto jamás. Las madres del clan vivían preocupadas, Elia no podía saber cosas que nadie le había enseñado. Por eso recurrieron al hechicero exigiendo la ceremonia destinada a los guerreros dementes que han visto demasiada muerte. No conocían otra manera.

Sagú se negaba. Sólo Daso, el jefe del clan, pudo hacer que entrara en razón. Elia debía olvidar lo que no podía saber. Sólo entonces Sagú puso a la pequeña en las manos del hechicero y ella sonreía como si se tratase de un juego.

Grandes rocas con forma de punta de flecha volando en el firmamento. Hilos de fuego destruyendo otras rocas más pequeñas. Criaturas sin pelo viviendo dentro de las rocas voladoras. Depredadores, cazadores y ganado comiendo del mismo plato. De estas cosas habló la pequeña con su lenguaje limitado. El hechicero había oído de su maestro una historia similar, muy antigua, y que nadie más conocía.

Una antigua guerra librada no muy lejos de aquí.

Elia debía olvidar.

Luego de la ceremonia pareció cambiar. Elia ya no hablaba de esas cosas. Las madres estaban tranquilas. Sus tías le daban consejo. Ella aprendía las labores naturales de toda hembra y aunque su actitud era distinta al resto, no parecía haber motivo de preocupación.

Entonces vino el largo día sin sol, cuando la gran esfera en el cielo eclipsa la fuente de vida y se inicia el invierno. Elia, como todas las hembras nacidas en el ciclo anterior, había criado nuevo pelaje y en sus ojos brillaba el conocimiento antiguo de reverencia a lo desconocido.

Esa primera noche bailó. Fue una experiencia aterradora. Sus pies no se movían como los del resto, arriba y abajo, sacando astillas de la plataforma. Sus brazos hacían gestos graciosos, circulares, golpeando a sus compañeras de baile. Su rostro era una piedra sin expresión, los ojos blancos, la espalda curvándose con cada inspiración.

Nadie más bailó. El ritual se había manchado con locura y sangre de sus pies heridos. Los ancianos clamaron por su destierro. Las mujeres lloraron por las crías que nacerían muertas y por los machos que no regresarían a casa. Elia se detuvo,

despertó del trance, oyó todo esto y cayó al suelo llorando desconsolada.

“No me maten” repetía quitando las astillas y limpiando la sangre en sus pies. El clan se apiadó, aquello que merecía entregar su cuerpo torturado a los depredadores fue perdonado. Y el hechicero inició la ceremonia allí mismo, saltando entre los puentes colgantes y rodeando el cuerpo de Elia con lianas.

Cuando su canto se apagó al fin, ocurrió el milagro. El sol destelló una vez más en el cielo, sólo un segundo. El mal estaba deshecho y el ritual se reinició con ardor en el canto de las mujeres. El clan había sido perdonado.

Sagú no dijo nada. Observó todo desde una choza más alta con el corazón golpeando fuerte en su pecho. Y cuando el ritual al fin acabó, cuando todo el clan había regresado a sus chozas, cuando sólo se oía el canto de las aves nocturnas y el lejano aullido de los depredadores de cacería, bajó a desatar a su hermana pequeña y se quedó allí vigilándola en su sueño intranquilo.

Elia soñó con ellos por primera vez. Dos criaturas altas y sin pelo en el rostro, vestidas con largas túnicas pálidas como flores y manos de cinco dedos blancos. Sus voces suaves la invitaban a seguir soñando y en su espíritu podía entender lo que

decían, aunque el significado de las palabras estaba cargado de misterio.

Desde entonces Sagú no la perdió de vista. Donde quiera que él iba, ella tenía que acompañarlo. Sólo así evitaba que las mujeres la tironearan hasta arrancarle el pelo o que los de su edad la mordieran en los tobillos. No había mayor deshonra que ser un paria sin exilio.

Elia soñaba todas las noches. Soñaba con ellos. Soñaba con un ser oscuro que luchaba en singular combate. A veces podía sentir su dolor constante, agudizado con cada movimiento.

Otras veces soñaba con las extrañas rocas voladoras de su infancia. Ahora las veía con mayor nitidez. No eran rocas. Eran de metal como los cuchillos, grandes construcciones que ni un millar de herreros podrían concebir, capaces de surcar la noche eterna llevando vida a mundos imposibles.

Y una noche vio a Sagú. Lo vio allí, al pie de los árboles que eran su hogar, blandiendo la lanza contra un enemigo que no podía ver. Luego vio sangre, oyó gritos, y Sagú ya no estaba. No lo volvería a ver. Su hermano iba a morir.

Despertó llorando. Era sólo una pesadilla. Llamó a Sagú pero no oyó su gruñido tranquilizador. Miró en todas direcciones, afuera de su choza amanecía

y Sagú no estaba.

La desesperación llenó de angustia su espíritu. Corrió fuera gritando por su hermano, las mujeres le arrojaron restos de comida. Los hombres mostraron sus dientes. Y Sagú no aparecía. Miró hacia abajo, al pie de los árboles, y revivió su pesadilla. Podía oler la sangre.

Se colgó de una liana y bajó rodeando el tronco con tal agilidad que los guerreros allí presentes aguantaron la respiración. Jamás habían presenciado tal destreza.

En el momento que sus pies tocaron el suelo por primera vez sintió algo nuevo. Una llamada. Un deseo incontrolable de correr en la dirección donde el sol se oculta cada noche. Sagú había dejado sus pensamientos, allí no había sangre, se había dejado llevar por su pesadilla. Ahora había un nuevo motivo para que la odiaran.

Oyó un crujido. Algo se acercaba desde la dirección de su deseo. Venía hacia ella. Traía algo consigo. Era la respuesta a su pregunta no formulada. Otro crujido, matorrales en movimiento, una voz conocida llamando a los vigías para que le tendieran una liana. Y entonces lo vio.

El hechicero.

Al verse ambos se quedaron quietos. Elia necesitaba saber que era lo que el hechicero ocultaba en su saco. Era la respuesta, y a la vez era la pregunta. Dio

un paso hacia él cuando resonaron los cuernos.

Elia sintió el peligro. No había sentido algo así jamás en su vida. Un peligro se acercaba siguiendo el rastro dejado por el hechicero. El ruido de las lianas al golpear el suelo y los gritos de la multitud aterrada la sacaron de su trance. Un guerrero descendió para ayudarla a subir mientras otros dos tironeaban al hechicero.

Elia estaba a mitad de camino de la terraza más cercana cuando se percató que el guerrero que la había ayudado seguía en el suelo. Y sintió como si una mano invisible le apretara las entrañas. Era Sagú blandiendo su lanza, incapaz de subir a la liana por un pie herido luego de caer con todo su peso sobre una piedra filosa.

Entonces llegaron los depredadores. No eran los típicos lagartos que rondan el bosque en busca de carroña. Estos eran más altos que un guerrero y traían trofeos colgados de sus cuellos, largas hileras de calaveras, algunas todavía con piel y carne pegada al hueso.

Vieron a Sagú. Olieron su sangre, saltaron sobre su cuerpo y acabaron con su vida entre risotadas frenéticas.

Elia estaba petrificada. Lo había visto en su pesadilla y lo había propiciado. Era su culpa.

Los depredadores rondaron los árboles

desde entonces. No se los podía ver, pero el clan sabía que permanecerían cerca hasta que el hambre los empujara a seguir su camino.

Elia fue rescatada por un grupo de guerreros furiosos. La pellizcaron, la mordieron, la escupieron, manosearon sus genitales mientras gruñían amenazas. Pero Elia ya no estaba en su cuerpo. Flotaba boca abajo en el mar de su culpa. Una vez en la terraza el hechicero le palmeó el rostro con tal fuerza que de su boca cayó un diente y la sangre manchó su pecho. Las mujeres clamaban por su sacrificio. Elia era una fuente de desgracia.

Entonces Daso rugió, "no habrá más sangre" y no hubo necesidad de explicar la razón. A lo lejos aún se oían las carcajadas siniestras de los depredadores.

Las mujeres corrieron a lavar el cuerpo de Elia y ungirlo con aceites. El hechicero revisó su boca y extrajo otro diente suelto. Entonces se dio cuenta, el olor manaba de ella y era una señal inequívoca. Elia entraría en calor en poco tiempo, antes incluso que otras hembras mayores que ella. Una razón más para aislarla.

El cuerpo lacio fue arrastrado hasta la choza del hechicero. Allí estaba la única jaula del clan y nadie, ni siquiera el hechicero, tenía recuerdos de la última vez que se había encerrado a alguien en ella.

Nadie cometía delito alguno en contra de su propio clan.

Elia fue encerrada allí sin ceremonia. El hechicero encendió su brasero, extrajo algo de su saco y lo arrojó a las brasas. Una nube de humo plateado se desplegó ante él y el sueño de muerte inundó la habitación haciendo picar los ojos.

El hechicero la miró. Sentía remordimiento. Era una dura prueba para todos y la solución no podía ser fácil. El humo ya había penetrado en sus pulmones y sus sentidos se agudizaban con cada respiro.

Se vio a sí mismo haciendo la ceremonia una última vez, y así fue. Elia no reaccionó. Entonces se vio fornicando con ella, la tomó sin consentimiento y ella tampoco reaccionó. Su mente daba vueltas, vio a Elia caminado en un claro del bosque entre plantas rojas como la sangre... y supo que no había más remedio.

Abrió su saco, con una pinza extrajo un manojo de hojas frescas, venenosas, rojas como la sangre, y las molió en el mortero. La pasta roja parecía brillar en la oscuridad de la choza. Sus lágrimas se mezclaron con el preparado mientras abría la jaula y se sentaba junto a Elia, recitando el canto de los muertos. "Llegarás al lugar donde todos iremos, te reunirás con los ancestros y cruzarás el cielo hacia la gran

esfera desde donde todos venimos".

Elia tragó la sustancia amarga por simple reflejo. Su boca se adormeció, luego su garganta, su pecho y sus entrañas. Fue como quedarse dormida y sintió paz, sintió que podía volver a vivir su vida otra vez, deshaciendo los errores.

El mundo se apagó a su alrededor. Y en la oscuridad vio una flama que pronto se transformó en una fogata. El guerrero oscuro yacía muerto, tendido en una pira fúnebre. Su cuerpo ardió y de él y los que recorrieron estas tierras sólo quedó un recuerdo que pronto fue olvidado.

Elia abrió los ojos. Había visto la verdad. Tenía la pregunta y la respuesta. Podía sentir el veneno de la planta actuando en cada célula de su cuerpo. Y a diferencia de otros que murieron tras el simple roce de sus espinas, Elia lo controlaba y lo hacía suyo. Ya no tenía nada que temer.

La puerta de su jaula estaba abierta. El hechicero yacía junto al brasero, convulsionando y escupiendo espuma. Afuera aún era de día. Los niños cantaban no muy lejos de allí. Las mujeres reían mientras realizaban sus labores domésticas. Los guerreros compartían sus raciones de carne seca. El jefe del clan dormía la siesta en su choza privilegiada. Era un día normal, tranquilo, feliz.

Un día sin Elia.

Y sintió el odio por primera vez. Sagú había muerto apenas esa mañana, aún podía ver su carne desgarrada, oler su sangre, sentir su tragedia.

Tomó una daga de entre los amuletos del hechicero y le abrió el cuello con un solo corte. Bebió la sangre que manaba a borbotones y salió de la choza cubierta con el color de la desgracia.

Alguien la vio. Oyó gritos de horror y guerra. Oyó a Daso gritando "imatadla!". ¿Morir? Puso la daga entre sus dientes, notando que le faltaban dos incisivos. En sus genitales aún ardía la violación del hechicero. En sus manos y piernas podían verse las marcas de la tortura. ¿El clan había hecho con ella todo lo que estaba en su lista de cosas prohibidas y era ella la que debía morir?

Saltó de esa terraza maldita, tomó una liana, rodeó un tronco, saltó a un puente, se dejó caer entre las ramas del árbol madre, sujetó otra liana y tocó el suelo del bosque con gracia. Echó a correr hacia donde el sol se oculta cada noche, esquivando rocas y ramas por pasajes jamás transitados, escalando árboles y balanceándose entre lianas.

Nadie la siguió. Y cuando el sol enviaba los últimos destellos del día, llegó a ese claro de su sueño, rojo como la sangre.

Las plantas parecieron cobrar vida,

movidas por un viento inexistente, dándole la bienvenida. Elia avanzó, se sumergió en el dolor de sus espinas que pronto se transformó en una caricia. Comió sus hojas y pudo ver. Vio todo. Sintió todo. La vida en este planeta y en los mundos cercanos, luego los lejanos, hasta que ya no hubo vida que fuera desconocida a su visión.

Entonces los volvió a ver. Y esta vez ellos la vieron también. Había sorpresa en sus miradas. Eran un macho y una hembra, hermanos. Y en su interior palpaba un poder que ni Elia había podido imaginar, un poder que pronto superaría con creces.

"¿Qué eres?" preguntaron en un idioma de sonidos extraños. Elia no respondió, entendía perfectamente a qué se referían. No les interesaba saber su raza, el origen de su clan ni el nombre de la estrella donde orbitaba su mundo. En su pregunta estaba implícita la respuesta, "eres aquello a lo que más tememos".

Elia lo sabía. Sabía lo que era, lo que podía llegar a ser. Y ellos no sabían nada de ella, dónde estaba ni por qué no la habían sentido hasta ahora.

"Soy Elia" dijo y cerró su espíritu a la visión de ellos. Jamás la volverían a sentir, no podrían encontrarla por más que buscaran en todo el universo conocido. Estaría oculta hasta que llegara el momento.

Y fue entonces que sintió el objeto.

Estaba de pie en el lugar indicado, en el centro de este paraje bañado por la luz de las estrellas. Bajo ella, entre las cenizas del guerrero oscuro de sus sueños, estaba el objeto que la haría el ser más temible de este extremo de la galaxia. No hubo necesidad de escarbar. El objeto vendría hasta su mano sin esfuerzo.

La sensación de peligro se apoderó de su pecho, algo se acercaba. Concentró sus ideas, llamó al objeto y éste salió despedido de debajo de la tierra. Elia lo atrajo hacia su mano y cuando llegó a ella, se activó.

Su grito silenció el bosque entero. Un haz de luz rojo proveniente de uno de los extremos del objeto le había quemado el rostro, cegando su ojo derecho. No había tiempo para lamentarse, el peligro estaba sobre ella. Tomó el objeto con sus dos manos y lo blandió con increíble destreza, danzando entre las plantas mientras los depredadores que se habían deleitado con la carne de su hermano caían partidos en dos a su alrededor.

En apenas una decena de latidos volvió a estar sola. Observó el objeto con detenimiento, estaba claro su propósito. Movié un trozo de metal en la base del arma y el haz de luz se extinguió. Lo volvió a encender y apagar una y otra vez, deleitando su vista, rodeada de rojo y sangre.

El odio que hervía en su espíritu cobró nueva fuerza. La quemadura en su rostro ardía y aumentaba su furia y frustración. Comió más hojas hasta que su estómago ya no pudo más y echó a correr de regreso a los árboles del clan que la había visto nacer, con el arma en su mano, deseando la muerte para todos.

cc 2005, Daniel Guajardo.

© Zhang Cheng

Un pinchazo. Ruido. Un escalofrío eléctrico recorre las sendas positrónicas asociadas a la percepción del entorno. Sistema aural: señales sinusoidales puras en frecuencias variables entre 20 Hz y 20 KHz. Las señales aurales se detienen, los registros señalan palabras binarias de 64 bits copando un tercio de la capacidad de memoria. Externamente el jack de datos abre un espacio de datos positivo, creando un flujo de información que copa los bancos de EEPROM disponibles. Silencio. Negrura. Pausa. La inmovilidad atemporal es alterada por una percepción tubular del sonido circundante. Del banco de memoria extrae muestras para comparar. Tras filtrar varias veces los sonidos muestreados, asocia el sonido con un movimiento distante de herramientas.

Nada.

POST: incompleto

Operación: 50%

Conecte dispositivo visual!

Giroskopios:

H: error

V: error

P: error

Bancos de datos: incompletos

Fuente de poder: externa

Motor de flujo axial 2: error

Motores de flujo axial 3:

Motores de flujo axial 3:
inexistente/desconectado

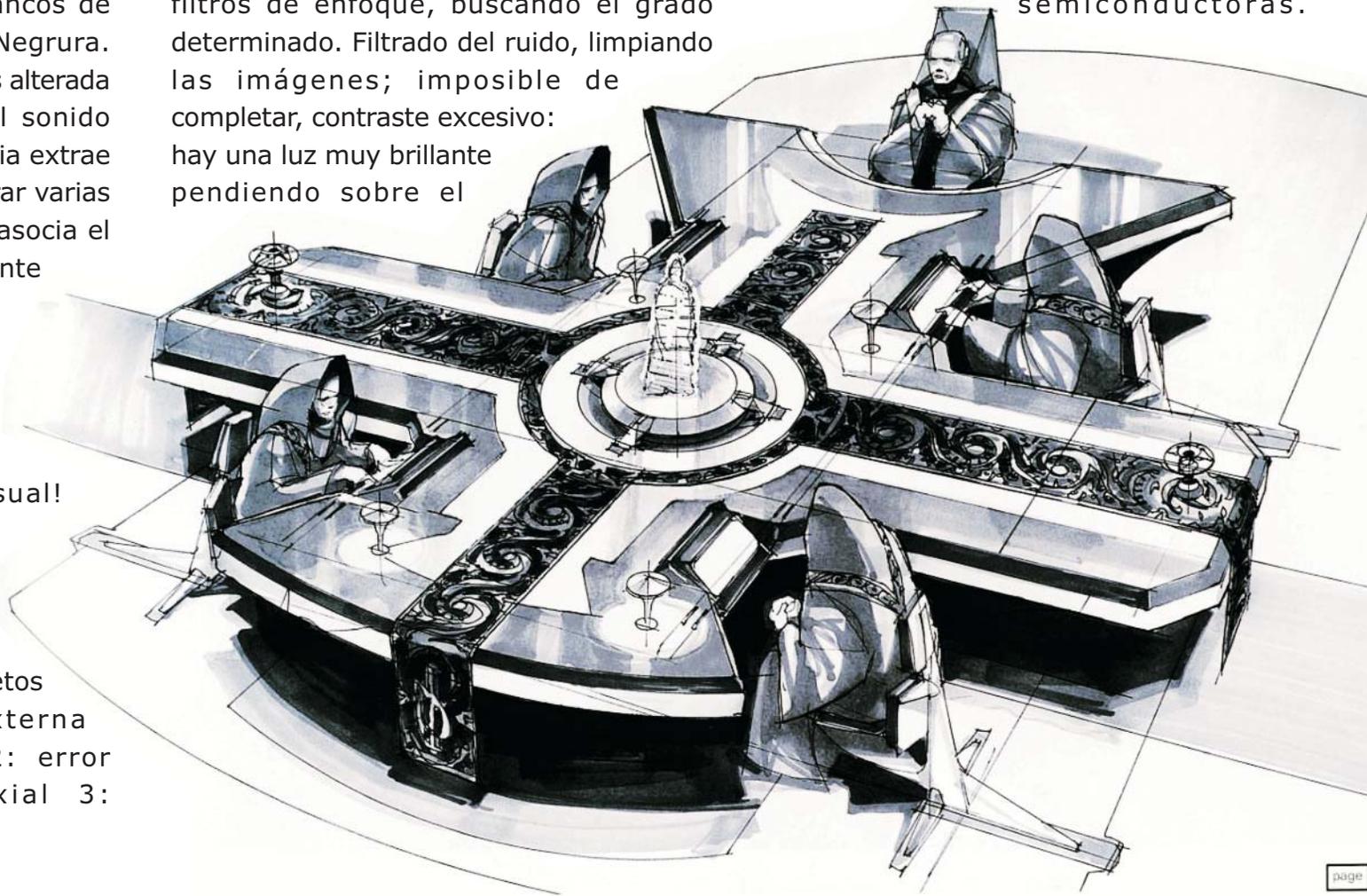
Motores de flujo axial 4:
inexistente/desconectado

Salida de audio:
inexistente/desconectado

Nada.

Silencio. Luz. Imagen. Ruido. Aplica flitros de enfoque, buscando el grado determinado. Filtrado del ruido, limpiando las imágenes; imposible de completar, contraste excesivo: hay una luz muy brillante pendiendo sobre el

objetivo. Ajuste de la sensibilidad a K9300: objetivo detecta un plano cuadrulado, de bajo contraste. Limpieza ultrasónica del CMOS. Enfoque: error. Conexión objetivo: exitosa. Test: 10mm... 35mm... 50mm... 200mm... 400mm... f2.0... f3.8... f5.0... f11... test completo con éxito: plano de alta definición, encuadre perfecto. Balance de blancos: esponja gris neutro. Blancos en balance: detección de luces semiconductoras.



Silencio. Imágenes de prueba. Distorsión de barril: compensada en post procesado. Viñeteado: compensado en post procesado. Aplicación de filtro antialias. Visión tubular!!!

Nada.

POST: incompleto

Operación: 75%

Giroscopios:

H: error

V: error

P: error

Bancos de datos: incompletos

Fuente de poder: externa

Motor de flujo axial 2: error

Salida de audio:

inexistente/desconectado

Nada.

Imagen y sonido. Preaplicación de flitros establecidos. Enfoque. Detección de bordes. Reconocimiento de patrones. Ajuste en giroscopios: activo. Activo. Activo. Vertical: 90°. Horizontal: 0°. Plano: 12°. En el encuadre entra una imagen blanca coronada por una esfera oscura. Se retira y da paso a una imagen blanca coronada por una esfera clara. Siente como manualmente trastean con el objetivo, logrando más enfoque. Autónomamente corre un POST

secundario y detecta un chopper conectado a la fuente de poder externa. La frecuencia es baja, y siente los varios rectificadores conmutando cada tres o cuatro ciclos. El motor de flujo axial 2 no se detecta. Vuelve a correr el POST secundario, esta vez con el modificador -bg, para permitir que corra en forma permanente, ya que los resultados del primero no se almacenaron: falta un banco de memoria.

Recorre el entorno con los sensores que apropiadamente tiene instalados, y se descubre sobre un plano, plagado de pequeños obstáculos; descubre un plano inferior, uno superior, y a lo lejos planos perpendiculares. Hay numerosos errores en la detección del plano inferior. Uno de los errores se acerca hasta que en el encuadre entra la misma imagen blanca coronada por una esfera oscura. La asocia con el error percibido. Efectivamente, ningún error permanece mucho tiempo en el mismo lugar en el que fue detectado. El error más cercano trastea con algo muy cerca y de pronto, nada.

Nada.

POST: incompleto

Operación: 90%

Giroscopios:

H: 0°

V: 0°

P: 0°

EEPROM: programar!

Fuente de poder: cargando

Capacidad: 30°

Salida de audio:

inexistente/desconectado

Nada.

Los sensores detectan los planos y el volumen disponible entre ellos, la luminosidad y los obstáculos. Hay silencio casi absoluto excepto por un chasqueo plástico constante. Siente el motor de flujo axial 2 operando correctamente; rectifica el registro de errores. Los errores de detección de los planos han disminuido, y algunos están inmóviles. Uno de los errores detectados se encuentra a 270° respecto del punto de visión, pero muy cerca. Siente un puerto de datos conectado a una de sus entradas y el protocolo serial le exige dedicar un bus de datos para insertar datos en la EEPROM. Lo hace. Tras unos pocos ciclos el bus de datos palpita con instrucciones.

```
bank.open(EEPROM){
```

```
  set.baud=54e12;
```

```
  format {
```

```

mem=ROM;
type=4ALPHA-K;
  rows=540;
cols=12800;
depth=1024e15;
  status==0; } }
for i=540 & j=12800 {
  begin.rec(EEPROM);
  notify(status); }
if notify(status)=1 & i==0 & j==0
then{
  end.rec(EEPROM);
  bank.close(EEPROM);}

```

Tras pasar las instrucciones por el intérprete, ejecuta las instrucciones y destina un espacio en la EEPROM según se le ordena, y empieza a ubicar bytes y bytes de información. Demora 12 kilociclos del rectificador 64p en localizar la información recibida y emitir status==1. Por el bus de datos fluye un nuevo bloque de instrucciones críptico:

```

clock.sync(base)=64p;
clock.sync(main)=base * 1e9;
clock.sync(op)=base * 0;
clock.sync(alt1)=base * 0;
clock.sync(alt2)=base * 0;
clock.sync(alt3)=base * 0;
clock.sync(alt4)=base * 0;
count.zero;

```

begin;

Nuevamente interpreta las instrucciones y sincroniza todos sus contadores con el rectificador 64p, y vuelve los contadores a cero antes de caer en

Nada.

POST: OK

Giroscopios:

H: 0°

V: 0°

P: 0°

EEPROM: OK

Fuente de poder: operando

Capacidad: 95°

Salida de audio:
inexistente/desconectado

Nada.

Siente movimiento y en la imagen en foco entra una persona, vestida de blanco. Es un hombre, de unos 35 años. Lleva la cabeza afeitada y su piel es oscura. Se acerca y mientras extrae un objeto no reconocido de una caja, ejecuta una rutina de detección de bordes sobre un recuadro oscuro, colgado del ropaje blanco. Almacena la información retenida sobre el CMOS, ejecuta un filtro de enfoque, ejecuta una

rutina de detección de bordes sobre un recuadro oscuro, colgado del ropaje blanco. Almacena la información retenida sobre el CMOS, ejecuta un filtro de enfoque, ejecuta una rutina de eliminación de ruido de tres pasos y sobre ello regula contraste y brillo al máximo. Alinea los bordes rectos. Traslada los datos a los registros de interpretación y el procesador anuncia el resultado: Q'aiser Remtulla.

Q'aiser se arrodilla saliendo del encuadre. Pero descubre algo que no estaba presente en los registros: la existencia de unos nanomotores de disco que permiten desplazar el cristalino de la lente, logrando mover el ángulo de visión más allá de lo que el encuadre neutro permite. Carga los controladores, ejecuta una rutina para fijar los parámetros de operación. Mueve el enfoque y descubre que Q'aiser Remtulla atornilla algo al chasis, para luego cerrar con un golpe una portezuela.

Se activa el registro principal de la salida de audio, y a través de su objetivo ve que Q'aiser mueve la boca. Carga los controladores de la salida de audio mientras asocia los movimientos con los ruidos que percibe, y activando las rutinas comparativas extrae las palabras de la EEPROM. El hombre le dice:

–Orden prioritaria: comprobación de sistemas. Ejecutar.

Mientras ejecuta la prioridad se logra oír por primera vez. Recita los parámetros indicados por la orden prioritaria, a continuación recita el estado de sus motores, bancos de memoria, batería y sistemas rectificadores. Q'aiser, atento a una pantalla que sostiene en sus manos asiente satisfechamente. Claro, Q'aiser no entiende nada del galimatías electrónico que emite por su salida de audio, pero por suerte la salida es lenguaje de máquina, fácilmente traducible por cualquier autómatá intérprete. Se levanta, deja la pantalla a un lado y mira una pantalla más pequeña, adherida a su brazo, y dice:

–Orden prioritaria: modo de seguimiento. Ejecutar.

La orden obliga a formar un patrón de detección tridimensional, detectar los bordes de Q'aiser y mantener una distancia constante. Durante varias horas Q'aiser Remtulla se desplaza de un lado a otro y lo sigue. Sabe cuando esperar, y si Q'aiser se esconde detrás de una puerta lo sigue detectando. Durante el día recibe numerosas órdenes no prioritarias y las ejecuta perfectamente, tal como la

programación almacenada en la EEPROM ordena. Al tener procesadores adaptivo-predictivos no almacena todos los datos obtenidos al ejecutar cada orden, sólo crea los engramas necesarios para reconstruirlos. Cada vez ejecuta las órdenes en formas más eficientes y breves, para satisfacción de Remtulla, que se entretiene emitiendo órdenes cada vez más complejas. Al final de doce horas Q'aiser ordena:

–Orden prioritaria máxima. Ejecutar. Sígueme.

En ese momento queda liberado de las obligaciones anteriores, y se activa su procesador de libre albedrío, sujeto a las órdenes que pueda recibir. Las rutinas de discernimiento ocupan naturalmente su espacio en la RAM, sin interferir con las rutinas de detección de bordes y reconocimiento de planos y volúmenes. Sin recibir ninguna orden activa su modo de seguimiento. Ordena al chopper aumentar la frecuencia de sus pulsos y como consecuencia aumenta el flujo en los motores. Acelera hasta alcanzar la distancia prudente establecida y se instala al lado de Q'aiser, regulando la velocidad hasta emparejarse con él.

Ambos siguen un pasillo difusamente

iluminado, con muchas curvas. Superan algunas escaleras, cosa fácil para Q'aiser; sin embargo debe alterar su base tripoidal y operar durante unos instantes en modo bípode para sobrepasar el obstáculo. En su memoria locacional los engramas que reconstruirán con exactitud el plano de los lugares recorridos están siendo clasificados y asociados, los duplicados eliminados y los recurrentes resumidos.

Al doblar una esquina, Q'aiser se detiene delante de una puerta, se pasa las manos por la calva cabeza con nerviosismo, mira directamente hacia su objetivo, que ajusta sus lentes esféricas para mantener la imagen en foco, mete la mano a un bolsillo y saca un paño oscuro. Acto seguido se arrodilla y frota enérgicamente el chasis, tanto que los giroscopios indican variaciones en la posición vertical, y un mínimo desplazamiento horizontal: su cuerpo se tambalea.

Tras unos instantes se levanta, lo rodea y regresa a la posición inicial, satisfecho. Toca la puerta y (el interior es un volumen semicircular de bases planas, ocupado por una persona voluminosa sentada tras un plano semicircular) desde dentro se oye una voz. En realidad no oye, sino que muestrea y codifica sobre la marcha el

sonido percibido, luego compara con las muestras tras filtrar y su intérprete vocal traduce:

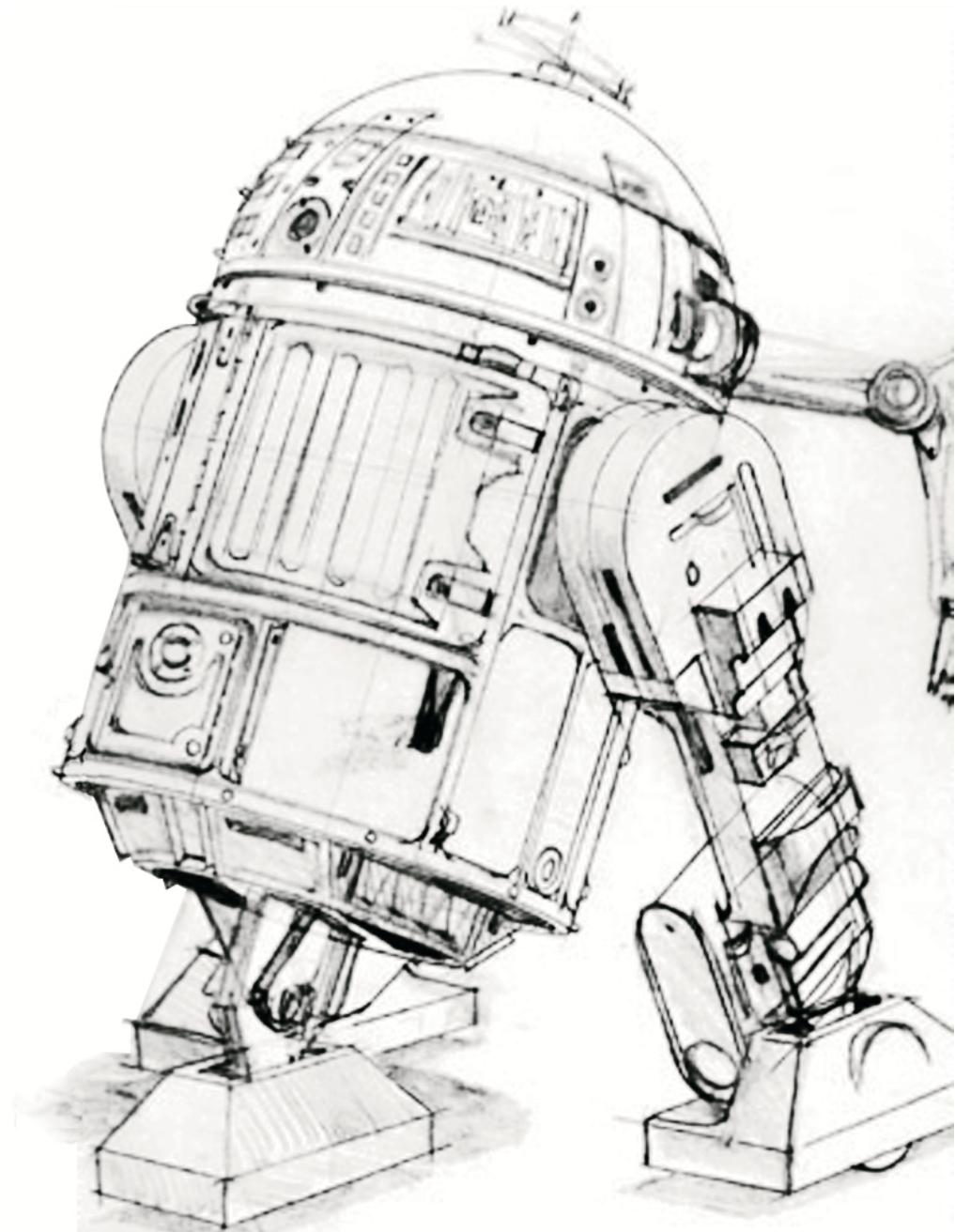
-Adelante.

La puerta se abre y Q'aiser Remtulla entra; como el modo seguimiento está activo, lo sigue. La estancia es luminosa; ajusta la sensibilidad del CMOS y aplicando la misma rutina muestreo-codificación-interpretación escucha la siguiente conversación:

-Profesor Remtulla, bienvenido. Tenga usted salud esta tarde.

-Decano, la salud sea suya. He terminado mi trabajo, y he creído apropiado presentarle a usted el prototipo del androide multipropósito en el que he estado trabajando. R2-D, saluda al decano Q'rin Magulla.

© 2005, A. César Osses Cobián.



LA VENGANZA DEL SITH
(obra de teatro en dos actos)
Script preliminar

La República es un monstruo del tamaño de la galaxia. Gigante burocrático que ha ido decantando en un elefantiásico sistema de castas políticas, administrativas y aristocráticas que exigen enormes cantidades de recursos para su sustentación.

Planetas completos, en la periferia de su jurisdicción, han sido sometidos bajo el pretexto de "ser incorporados a los beneficios de la vida republicana". En realidad esclavizados para la extracción de materias primas o producción de insumos necesarios para sostener a gordos senadores y sus delegaciones de miles de personas en Coruscant y en los cientos de planetas destinados exclusivamente a la habitación y placer de las castas aristocráticas gobernantes.

En Tatooine se desata una rebelión de mineros contra el comité administrativo enviado por el senado de la República. Parece estar dirigida por líderes sindicales asociados a los Sith.

El consejo Jedi envía a Obi Wan y a Qui-Gon Jin a investigar, como parte de los sistemas de represión policial desplegados para sofocar de inmediato la mala publicidad

que producen estos levantamientos. Se están comenzando a hacer demasiado recurrentes en los asentamientos de la periferia galáctica.

Investigan y descubren que es no es una conspiración cualquiera, sino una para producir el bloqueo de la producción de cristal negro (materia prima estratégico para la producción de combustible de navegación espacial. Sin el acopio necesario el comercio colapsa y con él la estabilidad de la República).

El levantamiento en Tatooine está liderado por una mujer. Kadmá Sambhalakar, famosa por haber dado a luz a un hijo sin haber conocido varón.

Mace Windu recomienda, como parte de la estrategia, un patrullaje paralelo que localice y secuestre al hijo de Kadmá. Su gran punto débil.

Luego de un par de aventuras menores, Qui-Gon Jin y Obi Wan la descubren y se enfrentan a ella.

Kadmá les conmina a unirse al levantamiento. Apela a la naturaleza bondadosa de la cultura Jedi y los arenga a no



cegarse frente al sufrimiento de los trabajadores de las colonias de la periferia.

Qui-Gon le responde que él es sólo el brazo armado de la República. Que recibe órdenes y que ella se ha levantado contra todo lo que él respeta. Kadmá los acusa de haberse rebajado de ser una orden sacra de caballeros a meros policías y perros guardianes de la oligarquía galáctica. Qui-Gon la ataca. Obi Wan lo sigue.

Luego de una larga batalla Kadmá mata a Qui-Gon.

Obi wan se lanza contra ella furioso. Kadmá le grita que pare, que no quiere más muertes, que lleguen a un acuerdo. Obi Wan está cegado y comete un error. La nena lo bota al suelo y le pone el sable en el cuello. Le dice que ella no quiere combatir más.

Obi Wan le dice que ya tienen a su hijo y que pagará por lo que ha hecho. La mujer siente la voz de Anakin que la llama desde el pasillo, se distrae y Obi Wan le hunde el sable en el estómago. La mujer cae.

Entra Anakin (6 años), grita y corre hacia ella llorando. Obi Wan, más tranquilo, se conmueve con la escena y se arrepiente de su conducta ("soy un asesino", piensa) llama a soldados de la República para que se lleven al niño.

La mujer, agonizante, le pide a Obi Wan que la perdone, que proteja a su hijo. Que

no deje que los Sith le pongan la mano encima. Que lo entrene en el lado luminoso porque "la fuerza es muy poderosa en él" y no quiere verlo consumido por el odio del lado oscuro como lo fue ella, aunque las razones parezcan ser las correctas. Que por favor no le cuente que ella era una Sith.

Obi Wan, lleno de culpa, promete protegerlo.

20 años después

(Despacho del canciller Palpatine. Anakin y Obi Wan discuten. Anakin es protegido y guardia personal del canciller. Obi Wan apela a su condición de Jedi para pedirle que coopere espiándolo)

–Anakin, llegó el momento de definir tus lealtades. Ya casi eres un caballero Jedi. Debes decidir entre tu lealtad a la orden o al canciller.

–¿Por qué debería? Él es la República. Los jedi nos debemos a la República ante todo. Lo que me pides es alta traición.

–¡Él ya no es la República, Anakin! ¡Eres el único que no lo ve!

–Palpatine está protegiéndonos de los separatistas...

–¡Él inventó a los separatistas para acumular poder! ¡Está alimentando el miedo

del Senado para adquirir más y más poderes especiales, Anakin, por dios! ¡Cuando ellos se den cuenta será demasiado tarde!

–No puedo creerlo...El ha sido un padre para mí

–Anakin...no quiero que nada malo te ocurra...le prometí a tu madre...

–Siempre lo mismo...no soy yo quien te importa sino tu maldita promesa. Si un sith mató a mi madre, entonces mi deber es estar junto al canciller que es quien los combate.

–Anakin...

–Tú no sabes de mi soledad, no sabes de mi dolor. Sólo te empeñaste en convertirme en una máquina...sólo para saldar una promesa...

–No es así, Anakin...

–Yo no te importo. De la única persona que he recibido afecto y preocupación es de la persona a la que ahora me pides que traicione...Ya sabes donde está mi lealtad, no me hagas elegir a mí también.

–Anakin, por favor...

–Te respeto. El maestro Yoda ha sido mi guía, Mace siempre ha tenido un buen consejo para darme y a tí, Obi wan, te quiero como a un hermano...daría mi vida por tí, pero no me pidas que traicione mis principios, a la República y a la única persona que me ha dado algo de afecto...

-Anakin...

-No me dejas alternativa, Obi Wan, creo que dejaré la Orden. Mi deber está junto al canciller.

(Entra palpatine al despacho)

Palpatine le dice a Obi Wan que ya lo sabe todo. Que el levantamiento de los Jedi en su contra los convierte en traidores y a la Orden en movimiento proscrito.

Obi wan enciende el sable. Anakin, consternado, hace lo mismo y se interpone. Angustiado, le pide a Obi Wan que no haga nada estúpido, que se verá obligado a detenerlo, que lo último que quiere es luchar contra él.

Obi Wan le pide por última vez que se una al levantamiento antes que sea tarde. Que el único traidor es el canciller.

Anakin está confundido y angustiado.

El canciller le dice que la Orden busca un golpe de Estado para tomar el poder y destruir la República.

Obi wan le grita que no es cierto. Que lo que buscan no es destruir la República sino rescatarla.

-Es decir, que es cierto que preparan un golpe de Estado contra la República, Obi Wan?

-Sí... pero para limpiarla de corrupción y después de un tiempo...

-¿Después de un tiempo, Obi Wan?

-Tú no entiendes, Anakin...

-Anakin ya no es un niño, Obi-wan

-interrumpe Palpatine

-Anakin, debes creerme...

Palpatine, tranquilamente, le dice a Obi Wan:

-¿Por qué debería creerte?

Luego hace gestos de consternación y le dice a Anakin que se había prometido no contarle nunca lo que tenía guardado como un carbón ardiente en su corazón, pero que las circunstancias lo obligaban.

-Anakin. Obi Wan te pide que le creas, pero, ¿te contó él cómo murió tu madre?

Obi Wan, se pone pálido.

-Murió asesinada por un Sith durante las rebeliones Tatooine cuando yo tenía seis años... ¿pero, qué tiene que ver con todo esto?

-¡No lo hagas, Palpatine! ¡No lo digas!

-Que no diga qué... -dice Anakin confundido y sospechando algo terrible.

-Él no quiere que te cuente que fue él mismo, Obi Wan, quien mató a tu madre a sangre fría, Anakin.

-No...

-Tu madre fue una valiente Sith luchando por liberar la galaxia de toda esta carroña religiosa y burócrata, de esta política corrupta e inútil...

-¡Di que es mentira, Obi Wan!

¡Explícale!...

Obi wan permanece callado y abatido.

-¡Di algo, Obi Wan!

-No dice nada porque es cierto. Y tú ya lo sabes en tu corazón, Anakin, ¿verdad? El mató a tu madre y fue la culpa y el temor a tu venganza lo que lo impulsó a traerte al corazón de la República, para esconderte de nosotros. Te entrenó y te dio todas las herramientas, pero sólo estaba fabricando la espada de su propio destino -sonrió satisfecho.

-Obi wan... -Anakin llora pero su rostro comienza a cambiar.

-Para esconderte te trajo directo a nosotros...

-¡Obi Wan!

-Anakin, no...

-¡Obi Waaan! -grita Anakin y se lanza a matarlo.

(Larga y furiosa lucha. Entremedio se dicen un par de cosas que agudizan su distancia)

Finalmente Anakin golpea a Obi Wan que cae al suelo desarmado y semi inconsciente.

Entra Padmé Padmé con seis Jedi y una orden de arresto contra Palpatine, respaldada por una parte del senado.

-¿Tú también me traicionas, Padmé?- Dice Anakin con el rostro desfigurado-

¿Tú también me vas a dejar solo? ¿Qué es todo esto que ya no entiendo?

Anakin levanta una mano y comienza a estrangularla. los Jedis encienden sus sables. El canciller hace lo mismo. Los Jedis se lanzan al combate. Anakin suelta a Padmé y lucha con el canciller espalda con espalda.

Derrotan y matan a los seis Jedis.

Anakin se acerca a Obi Wan para darle el golpe de gracia, pero éste le dice:

–Mataste a Padmé ¿No sabías que estaba embarazada?

Anakin, sorprendido, mira hacia el cuerpo de la princesa. Obi Wan enciende su sable y le corta las piernas. Palpatine lanza sus rayos al conjunto. Obi Wan usa a Anakin, que aúlla de dolor, como pantalla contra el ataque del canciller y rueda a través de la ventana aferrado a él. Ambos caen pero Obi Wan consigue aferrarse a una saliente del edificio y saltar hacia una cornisa de un edificio contiguo. Desde ahí ve a Anakin caer hacia los generadores del edificio.

Anakin ve a Obi Wan mientras cae, no mueve un músculo. Su hermano lo acaba de destrozar y utilizar como escudo humano. Acaba de matar a su esposa embarazada. Se deja caer sin intentar evitarlo, destruido por dentro.

Desde la ventana, el canciller ve a

Anakin cayendo contra los generadores como una mosca hacia una lámpara electrificada. Lo observa impasible, con rostro de disgusto. Llama a los médicos para que se lleven a "Lord Vader" y al cadáver de Padmé.

Camino a la enfermería, los médicos descubren que Padmé no está muerta y se la entregan a Bail Organa, desobedeciendo al canciller.

El canciller habla ante el senado denunciando el intento de Golpe de Estado de la Orden Jedi y anunciando que la orden 66 se ha hecho pública y que los Jedis están siendo ajusticiados por alta traición. Que la nueva seguridad de la República estará a cargo de su ejército de clones y que se gobernará por decretos hasta nuevo aviso.

En la enfermería de Coruscant nace Darth Vader. Su mejor amigo había asesinado a su madre, su esposa lo había traicionado y él la había asesinado sin saber que esperaba un hijo de él.

Lo único que tenía era al emperador. Meses más tarde, en una nave hospital camino a Tatooine, nacen gemelos y Padmé muere.

(Escena Final)

Vader y Palpatine miran desde un

destructor, la construcción de una nueva super arma, la Estrella de la Muerte. Vader está seco por dentro, su único objetivo será mantener el orden en la galaxia, aplastar cualquier intento por desestabilizar el equilibrio que él y el emperador han conseguido imponer con tanto esfuerzo, sobre todos los sistemas de la galaxia

© 2005, Jorge Baradit.

Siempre me adecuó actuar desde las sombras, hasta que la conocí. Entonces me vi obligado a dar un paso enfrente y dejar mi confortable anonimato. Para todo Bepin yo no era más que el fiel sirviente del administrador de turno. Era parte de la ciudad, parte del mobiliario.

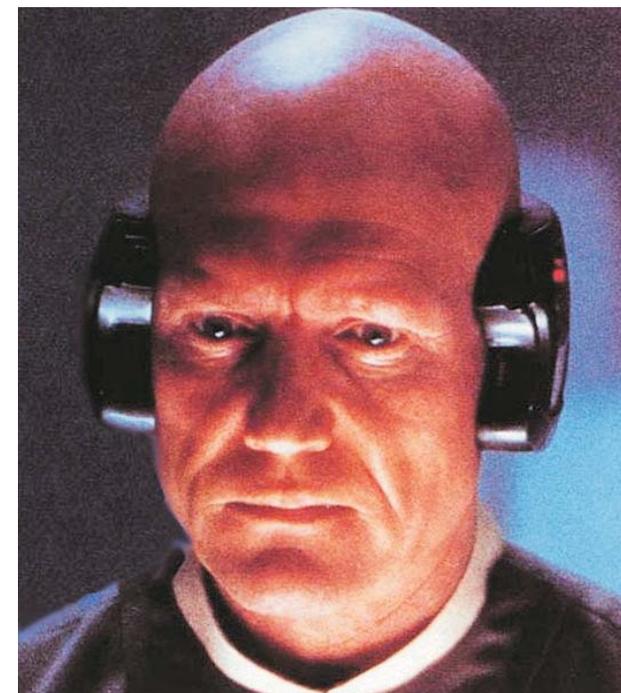
La desaparecida Ciudad de las Nubes era una curiosa mezcla entre colonia minera y centro turístico. Fue creada en un principio, por el excéntrico lord Ecclessis Figg, como un 'complejo habitacional flotante' que para mantenerse a sí misma a la espera de los nuevos inquilinos extraía y refinaba gas Tibana. Durante años sirvió de base de operaciones para Figg y lentamente fue convirtiéndose en un lugar cosmopolita al abrirse restaurantes, tiendas y casinos. Pese a las increíbles ganancias generadas por estas actividades, los ambiciosos Barones-Administradores nunca dejaron de lado la explotación minera, sobretodo con el advenimiento del Imperio, nuestro principal cliente de gas Tibana usado en blasters e hiper-reactores.

Era un sitio extremadamente jerarquizado, donde las personas valían lo que su posición en la empresa. Los más bajos eran los mineros y los más altos los administrativos, mi familia estaba en algún lugar del medio. Mi padre era asistente de los técnicos ugnights y mi madre una

operaria de comunicaciones nivel 98, y si bien no estábamos en la parte más baja de la escala piramidal tampoco teníamos muchas posibilidades de escalar posiciones.

Comencé a delinquir de niño, robando partes de droides y otros dispositivos transables en el mercado negro de Port Town. Siempre fui muy listo y conseguí burlar a las autoridades por casi una década hasta que finalmente, a los catorce años, lograron capturarme. La Baronesa-administradora de aquel entonces, Ellisa Shalence, me dio a elegir entre la prisión o una sentencia de quince años sirviendo como oficial de operaciones cibernéticas. Por supuesto que elegí ésta última opción, aunque sin saber que sería modificado físicamente para cumplirla.

Una vez consumada mi sentencia decidí permanecer en mi cargo. Después de llevar la mitad de mi vida en ello no sabía hacer otra cosa, y además, como hombre libre, por fin percibiría una remuneración por mi trabajo. Los administradores cambiaron varias veces, y por más incompetentes o inútiles que fueran, la Ciudad de las Nubes siempre funcionaba gracias a mí. Con el tiempo fui volcándome cada vez más al trabajo hasta el punto que prácticamente no me comunicaba con otras inteligencias que no fuesen artificiales. Cada vez era percibido más y más como un droide, lo



que no me molestaba en absoluto.

Calrissian era muy distinto a quienes le antecedieron. Llegó a Bepin durante una de las más desastrosas administraciones en la historia de la Ciudad de las Nubes. Raynor, el tipo a cargo, era sobrino de un oficial del Imperio y un verdadero pelmazo. Gustaba de organizar fiestas y carreras de naves que estaban haciendo estragos con el presupuesto. Fue durante uno de estos torneos que conocí a Calrissian. Había perdido su 'preciado' YT-1300 modificado (que en realidad era una chatarra) en una apuesta con un ex-soldado imperial de apellido Solo y estaba

embriagándose en un bar para pasar las penas. Rápidamente accesé todos los archivos relacionados con Calrissian y llegué a la conclusión que era el aliado que necesitaba para mantener la Ciudad de las Nubes como una operación lucrativa, pese al Imperio. Me reuní con Calrissian y le hice una oferta que no podría rechazar. El Barón Raynor era tan aficionado a las apuestas como él y gracias a mi subrepticia intervención Lando Calrissian ganó la carrera Kessel y la Ciudad de las Nubes pasó a nuestras manos.

Lo más sorprendente de todo esto fue el cambio que operó en la personalidad de Calrissian. De un truhán facineroso y mujeriego pasó a convertirse en un administrador serio, competente y mujeriego. Trabajando en conjunto logramos triplicar los niveles de producción y hasta quintuplicar las ganancias. Todo marchaba de las mil maravillas, pero entonces llegaron los Stormtroopers y Lord Vader en persona.

El Emperador había previsto la inminente llegada a Bespin de los fugitivos Han Solo y Chewbacca, los que usaría para sacar de su escondrijo a quien realmente buscaba: el muchacho que había destruido la Estrella de la Muerte y de quien se rumoreaba era hijo del oscuro señor del Sith: Luke Skywalker.

Si bien nos habíamos mantenido neutrales durante el conflicto, no podíamos ir contra el Imperio y aceptamos tenderles la trampa a los amigos de Skywalker y poner la ciudad entera a disposición de Vader.

El YT-1300, bautizado 'Halcón Milenario' por Solo, arribó dentro del plazo previsto. Descendieron en una de las plataformas y Calrissian se hizo el gracioso pretendiendo estar enfadado con su amigo. El imponente pero estúpido wookiee estaba con él junto a un fastidioso droide de protocolo, una unidad R-2, y ella...

Durante años había seguido la carrera diplomática de Leia Organa hasta que el Emperador decidió disolver el Senado. Era mi amor platónico, mi amor imposible y de pronto, aquí estaba. A tan sólo unos metros de distancia en medio de las nubes. Fue amor a primera vista, unilateral, por supuesto. ¿Cómo podría la Princesa enamorada del bribón más famoso de la galaxia siquiera fijarse en un aburrido cyborg?

A partir de ese momento comenzó mi lucha interna. Vader modificaba las condiciones del 'trato' a cada momento y a Calrissian no le quedaba más que obedecer. Finalmente congelaron a Han Solo en Carbonita y en un momento de sublime belleza pude ver cuanto amaba

sublime belleza pude ver cuanto amaba Leia a ese contrabandista y mentiroso ladrón.

Zam Wesell, la caza-recompensas favorita de Vader que había rastreado a Solo hasta Bespin se atreve a decirle al Sith: "¿Y si no sobrevive?. Para mí es muy valioso."

Vader le responde a la clawdite que será apropiadamente recompensada de ser el caso.

Una vez finalizado el proceso, y habiendo comprobado los ugnights que los sistemas vitales de Solo estaban operativos, Wesell se lo llevó mientras Calrissian junto a un escuadrón de Stormtroopers escoltaban a Leia y al wookiee a la nave tydirium de Vader. Desde la sala de controles me debatía entre el instinto y la razón. Era ahora o nunca.

Junto a mis hombres más leales intercepté a los soldados de Vader y me enfrenté a Calrissian. Mi ex-socio tomó a Leia como rehén apuntándole a la cabeza con su blaster pero el wookiee le propinó un enorme manotazo que lo arrojó al suelo. Me acerqué a Lando y comprobé que Chewbacca le había roto el cuello.

Corrimos a la plataforma de la nave de Wesell, pero llegamos demasiado tarde. El Slave-1 despegaba con su valioso botín perdiéndose entre las nubes color vainilla.

Sin perder tiempo alguno ordené la evacuación de la Ciudad de las Nubes y abordamos el Halcón Milenario. Antes de abandonar la atmósfera de Bespin, Leia sintió el llamado de Luke y regresamos por él para luego huir con cuatro Cazas-TIE pisándonos los talones.

Y de esta forma fue como me uní a los rebeldes y terminé planificando el rescate de Han Solo exhibido como trofeo en la guarida de Gardulla la Hutt, en Tatooine. Y todo por un amor no correspondido.

© 2005, Sergio Alejandro Amira.



© Russell Kaiser